

¿CONCIENCIA FEMINISTA EN LAS INSTITUCIONES PATRIARCALES?

Una breve reflexión acerca de las vocerías y secretarías de sexualidad y género en Chile

Por Insu Jeka

Enero, 2017.

No se puede negar que la palabra feminismo ya es parte del imaginario social chileno de los últimos años. Se ha transformado en el fenómeno discursivo de las nuevas generaciones que han despertado y salido a las calles a manifestar su disconformidad con el modelo económico, social y cultural. De un tiempo a esta parte, nombrarse feminista es casi un imperativo para quien critica la sociedad y su machismo, sin embargo, no puede ser el banderín de lucha para solucionar los errores de la civilización del hombre. Actuar en base a un ideario feminista igualitarista y disidente ha engendrado una acción con escasa reflexión y conocimiento histórico de la producción teórica y política de las mujeres para una transformación social de la cultura patriarcal. Actualmente el 'movimiento' feminista en Chile se enfoca fundamentalmente en la tan deseada igualdad de derechos entre hombres y mujeres, incluyendo la diversidad sexual. De esta forma, abundan los discursos y petitorios orientados hacia el matrimonio igualitario, la educación no sexista y la regulación del aborto; si bien todas estas demandas han sido instaladas en la opinión pública y reflejan cambios culturales importantes para nuestra sociedad chilena, que parecía quedarse al margen del inclusionismo global, no dejan de ser funcionales al sistema. Más aun, es la teoría de género la que logra establecerse en el debate público y académico, por ende, no es de sorprender que este enfoque se haya convertido en la estrategia política del patriarcado para opacar y desplazar a la vertiente feminista radical y de la diferencia que no comulga con los propósitos de su sistema y orden social. Por ello, expresiones como 'el machismo mata' o 'ni una menos' operan en el orden del discurso aceptable por las instituciones patriarcales.

La violencia hacia la mujer en todas sus expresiones es y ha sido un área muy trabajada y teorizada por grupos feministas, quienes a su vez han planteado que la violencia hacia la mujer es un tema político y estructural de la civilización patriarcal y no un asunto privado. Estas teorizaciones y acciones de grupos y movimientos por la liberación de la mujer han logrado elevarse hasta ser incluidas como parte de programas de gobierno; en el caso chileno, sería contraproducente e inaceptable que el gobierno de una mujer no hiciera eco de esta violencia que se expresa en formas brutales como los asesinatos de mujeres, hoy denominados femicidios. Pero sabemos que el solo hecho de que gobierne una mujer no es sinónimo de gobierno feminista, puesto que el patriarcado posee un orden simbólico más profundo, el cual se debe transformar para un verdadero cambio; esto quiere decir que las instituciones reproductoras de este orden quedan intocadas, tales como la familia, la heterosexualidad obligatoria o la sexualidad reproductiva y penetrativa, por tanto, no se cuestionan por los discursos institucionales ni los programas de gobierno.

Tampoco es una novedad que los movimientos de mujeres que demandan igualdad y derechos hayan sido y sigan siendo cooptados por las instituciones patriarcales, y sus demandas pasen a formar parte de los programas ministeriales y de sus leyes. Estas situaciones, para muchas mujeres feministas, son logros y avances, pero muchas de nosotras sabemos que este leve gesto de reconocimiento del patriarcado no es otra cosa que un acomodamiento en los temas de política pública y legislatura para seguir detentando el poder, nada que lo complique en demasía, pues lo tiene todo pensado, se trata de su sociedad y su cultura a las que debe salvaguardar. También sabe qué voces aceptar y cuáles acallar. Acepta aquella que está dispuesta a colaborar y a seguir sus reglas. La institución patriarcal jamás dejará ingresar a quienes pongan en riesgo y cuestionen públicamente y sin concesiones su lógica de superioridad y competencia, su sistema de valores y sus sagradas instituciones. Puede sonar reiterado este análisis, pero es preciso hacerlo cada vez que, en nombre del feminismo y de las mujeres, se negocie y se crea haber obtenido una victoria. Todas las mujeres perdemos cuando somos incluidas en la lógica del patriarcado, pues cada vez estrechamos más nuestros escasos destellos de libertad a cambio de responsabilización y burocracia; perdemos vínculos entre nosotras a cambio de puestos de trabajo, carreras prometedoras y una pseudo igualdad... la lista sería más larga.

Por este motivo, también llama la atención que se acepten 'voces feministas' al interior de los espacios universitarios. No es casual que además de los programas y estudios de género, cuya apertura ocurre a principios de los años noventa, se establezcan, hoy en día, las secretarías o vocerías de sexualidad y género como parte de las organizaciones o estamentos estudiantiles¹. Muchos de estos espacios provienen de expresiones que emergen del debate y la reflexión feminista y de la izquierda, reflexiones que cuestionan prácticas abusivas y sexistas por parte de docentes y estudiantes. Sin embargo, no deja de ser un movimiento social reformista que demanda derechos al sistema; una vez más, la institución universitaria se vuelve una fiel colaboradora del patriarcado al tratar de moderar sus ruidos internos. La universidad como centro de conocimiento androcéntrico sabe qué permitir o no en sus espacios de poder y cómo moderar los ruidos molestos; y ha permitido, aun cuando sea a regañadientes, la institucionalización de demandas estudiantiles en relación a la diversidad sexual, el acoso, entre otras.

Este accionar garantiza su propio beneficio; el patriarcado hace ya mucho tiempo asumió que su violencia debe ser matizada, para ello creó las políticas de inclusión (sexual, racial, étnica, discapacidad). Ya lo dijeron públicamente las feministas autónomas chilenas en los años noventa a propósito de la institucionalización del movimiento feminista por las instituciones del estado y la academización de los estudios de la mujer que devienen en estudios de género; lo continúan diciendo las radicales norteamericanas en el año 2013 en relación a cómo la teoría de género, con fuerte influencia de los maestros postmodernos, es el nuevo lenguaje, es la neutralización de las relaciones de poder y el silenciamiento del discurso feminista radical. El género elimina la diferencia sexual como principio existencial, peor aún, lo relativiza, lo

¹ Universidad de Chile, Universidad Católica, Universidad de Santiago de Chile, Universidad de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de Playa Ancha, Universidad de Concepción, Universidad Austral y Universidad de Antofagasta. También hay expresiones para constituir estas vocerías o secretarías en universidades como la Mayor y Santo Tomás.

performativiza. La ideología del género despersonaliza al patriarcado y sus estratagemas para invisibilizar la dominación de las mujeres, ampliando el horizonte hacia la diversidad sexual. Es en este contexto que el feminismo pierde su potencialidad genuina, al ser utilizado como un medio para un fin, y no un fin en sí mismo. Esto daría cuenta, en parte, de por qué la institución universitaria permite estamentos como las vocerías o las secretarías como un elemento incluyente y moderado. Contamos con varias experiencias en universidades privadas y de carácter público, como la Universidad de Chile, cuya secretaría ha hecho un buen trabajo al posicionar un discurso y acciones en contra del acoso por parte de docentes, logrando la destitución de algunos, y visibilizando una problemática que parecía estar muy naturalizada.

Estamos en un momento crucial para una reflexión y análisis sobre qué conciencia feminista queremos desarrollar al interior de las universidades y en las generaciones de mujeres que se preparan en sus profesiones o, mejor aún, qué universidad queremos las mujeres. Es importante, como comienzo, abandonar las demandas como la única forma posible de actuación política. Es necesario avanzar hacia lo fundamental que es la transformación radical de las estructuras del pensamiento androcéntrico. La lógica del patriarcado consiste en mantener a las mujeres en la práctica de la denuncia y el petitorio, y esto se repite una y otra vez, es el juego de nunca acabar. Conocemos ya muchas historias de estas, y sabemos cómo concluyen, pero también sabemos de prácticas profundamente sanadoras y liberadoras para las mujeres que no se pueden medir por el cumplimiento de objetivos ni metas. Esa historia la han escrito nuestras antecesoras con sus propias experiencias, han relatado y analizado los fracasos del feminismo mediante sus declaraciones, libros y sistematizaciones. Es tiempo de aprender de esos fracasos y de esas vivencias, ¿o en diez años más nos preguntaremos otra vez por qué el feminismo vuelve siempre a empezar de cero?

El pensamiento feminista debe gozar de autonomía plena para no caer en concesiones ni estrategias de negociación con el sistema patriarcal y sus instituciones, siempre con el peligro a costas de quedar aislado, tergiversado y desprestigiado. No importan cuántas cuotas de poder podamos alcanzar, pues no nos servirán para comprender la profundidad de lo que significa ser mujer en el patriarcado, es decir, comprender nuestra diferencia existencial. Parte de la propuesta consiste en aprender a separar “las palabras que nos encadenan de las que nos hacen libres” (Lillian Smith²), y el lenguaje de la igualdad y la institucionalidad es una trampa que nos encadena.

*Este texto es parte de la reflexión que emerge de las lecturas en Feministas Lúcidas y con Andrea Franulic.

² En Rich, A. “Sangre, Pan y Poesía”. Hacia una crítica más feminista. 1981